El mirador

Por: Rasgo

Una vez más al mirador, la latencia de mis movimientos matinales es señal de que mi cuerpo no está procesando bien la rutina, sin embargo, logro levantarme para iniciar otro día de atisbos del paisaje de la vida. Lo observamos desde la distancia y hacemos asunciones de las zonas más lejanas, creemos en lo que los grandes maestros nos dicen sobre esos borrones inasequibles porque ellos ya los han caminado, los han visto por debajo y de cerca, cada uno ha abierto un sendero particular desde un ángulo dado. ¿Qué versión creer? ¿Cómo saber quién quiere carne de cañón y quién lucha por formar a un auténtico compañero de viaje?

Los maestros nos miran como nosotros miramos al paisaje, nos abstraen y nos predicen en el vacío, llegan con sus planos de lo que somos pero al tocarnos se queman o se marchitan. Se toman en serio el paisaje que exploran porque sus ojos logran fijarlo, inmovilizarlo pero los nuestros no hacen más que mover todo, formar gigantes donde hay montañas. Nos toman en serio, escuchan incansablemente a actores, simuladores, piedras y mármoles para luego homogeneizarlos a todos, ahogando con el sonido de un pupitre viejo arrastrándose por el suelo las diferentes tonalidades de canto, las variadas formas de bailar. No falta mucho para que llegue a mi destino, el camino al mirador es corto para mí, debería serlo para todos.

¿Y nosotros para qué seguimos yendo al mirador? Me enferma ver aprendices que solo escuchan a los que saben cómo encontrar frutos, no logro creer que un semejante sea un par de ojos disfuncionales, incapaces de ver la obra que el paisaje relata hoy, los patrones que gusta de formar, las burlas que nos hace. No, ellos solamente quieren refuerzo, un perro bailando para conseguir una carnaza.

Ya puedo ver cómo se alza de entre el verdor la estructura gris que es el mirador, me detengo a ver con gusto la aparente relación estática que tienen las plantas, el concreto y la luz que determina a ambos. Siempre llego de la misma manera y a la misma hora, a veces no puedo evitar normalizar la escena, ignorar el juego de colores, el contacto que aquí tienen la naturaleza y las personas que observan. ¿Quién construyó el mirador y toda la rutina que gira a su alrededor? Se quiebra en su interior, dividiendo a sus ocupantes en secciones donde se reparten distintos tipos de anteojeras y prismáticos porque el paisaje es inmenso y ya nadie puede verlo en su totalidad, mejor nos hacemos piezas de rompecabezas que se especialicen en pequeños recuadros del todo que luego se unen pero resulta que las piezas están en constante expansión y cambio haciendo que a veces embonen y a veces no, además, nadie quiere iniciar el tedioso trabajo de enlazar la derecha y la izquierda por lo que pocos puentes se han tendido. ¿No me dejarán bajar si me aburro de ver un único aspecto del paisaje y comienzo a observarle desde otra sección? Pareceré un indeciso que no supo qué darle al gran proyecto del mirador cuyo objetivo obviamente es…¿Qué objetivo tiene mirar?

He llegado a la explanada, veo ojos de depredador y presa, calculando el zarpazo crítico pero sin perder la compostura. El un velo de sonrisas cubriendo ocultando la sagacidad felina. En algún momento decidimos no estar en el otro, no preguntarle su manera de ver el paisaje o los colores que más le gusta observar. El simple hecho de saludarnos es un esfuerzo que ya no estamos dispuestos a hacer. Perdimos el compañerismo cuando ganamos la racionalidad ciega.

Escucho la marea de voces que rompe en olas cada vez más fuertes. La jovialidad pueril de sus conformantes me toma por sorpresa. La realidad está ahí altanera, esperando a que le ganemos el reto imposible y sin embargo todos hablan con ánimo del que quiere seguir explorando. No, los viejos bastiones no pueden explicar este suceso. Tal vez algunos desconocen, tal vez este mirador es particularmente alegre y tal vez hoy esta porción de personas despertó de buen humor pero comprendo que esto supera las reacciones encaminadas a la calma, este hallazgo burla a los egoístas guardianes del mundo como uno lo ve.

¿Y si me he equivocado? He de considerar la posibilidad de que mi mirada sea una mosca que no puede volar por siempre y que, cuando necesita descansar, se posa en abrojos y geranios por igual. Podría estar regalándole una mitología a los autómatas, podría estar tratando de andamiarle lo sublime a un paisaje que ya se va. Pensaba que si sigo viniendo al mirador es porque creo en su futuro y en mi yo observador. No podría aceptarme resultado del hábito pero tal vez lo sea. ¿Hay un mirador solamente por el orgullo de los acostumbrados?

No, la forma en que hablan mis colegas esconde un nuevo hito incluso si ellos no lo saben: el párvulo que organiza sus juegos fantasiosos. Aunque estoy de espaldas a mis compañeros, puedo imaginar sus rostros sonrientes y complacidos con la historia que están relatando, sus deseos están ahí, sus resentimientos también pero han decidido rodearlos de una atmósfera festiva. Cada nueva mirada será un nuevo juego que no respetará las reglas del anterior aunque jugaremos de nuevo los que nos divirtieron, cada uno de nosotros será un personaje distinto en cada ensoñación, pintará su paisaje interior. El mirador tendrá que abrir una nueva zona para contemplar a sus usuarios y el paisaje que solíamos ver todos los días se quedará sin miradas porque en los cuadros que pintarán los juegos habrán, sí, montes boscosos pero también sinfonías vivenciales que cantará cada uno cuando su momento estelar llegue.

¿Miraremos mejor? Seguramente no pero nadie goza de mirar cuando no tiene un corazón abocado a las pasiones de la comunidad. Una vez que que nos encontremos de nuevo en círculo podremos entender para qué vamos al mirador.